

ganados con su cántico, de la vértebra de ballena que le servia de taburete y del tronco de melezo ante el cual fué detenido y arrestado, encontrareis la mancha de tinta dejada en la pared por la furia con que el monje revolucionario arrojaba el tintero de plomo á la cabeza del mismísimo diablo, cuando le hacia ridículas muecas y le endilgaba endiablados argumentos. Más de un viajero piadoso protestante cree ver aquella nube de la cual surgió Mefistófeles, saltando y riéndose, en la mancha de tinta histórica, que ha declarado indeleble la sencilla inspiracion de las tradiciones y la no menos sencilla credulidad de los fieles. Lo cierto es que Lutero cuenta con sus pelos y señales, en las propias memorias, la triste aparicion del diablo; y pone en sus labios tales argumentos sobre la naturaleza del sacrificio de la misa, sobre la eficacia del sacramento de la Eucaristía, sobre la comunión de los católicos, que le creeríais un doctor teólogo y su infierno una Academia de sana y profunda teología.

En verdad ese castillo de Wartburgo es el sitio predestinado y misterioso, donde se afianzó la idea de la revolucion religiosa en el ánimo enardecido de Lutero. La soledad solemne, la naturaleza riente, el abandono á su propio pensamiento, la separacion del mundo, el coloquio íntimo con las ideas en el secreto de la conciencia, la revelacion interior de sus propias reflexiones le llevaron á formular y á sistematizar una doctrina, que antes se le apareciera como un relampagueo incierto y dudoso en las múltiples incidencias de un combate heróico. En el mundo, en el comercio de la sociedad, desde una cátedra mas ó menos oficial, en los rigores de una orden monástica, bajo el yugo de una disciplina vigorosa tenia que ceder, tenia que transigir, tenia que mirar la cara de los de arriba y las supersticiones de los de abajo; pero una vez á solas con su pensamiento, entregaba su corazon á su inteligencia y su inteligencia á su idea, resolviéndolo todo y formulándolo todo como si realmente se encontrara en las vertiginosas cimas de lo metafísico y de lo abstracto. Así, la revolucion salió completamente de esta soledad de su conciencia, de esta concentracion de su alma, de esta mirada interior y profunda al conjunto de sus ideas religiosas. Así como en la Roma nobiliaria y patricia de los primeros tiempos la divulgacion de los secretos contenidos en las fórmulas de jurisprudencia trajo al seno de la vida y al goce del derecho toda la democra-

cia romana, que desde aquel punto y hora creció y se consolidó; la traducción del Nuevo Testamento á la lengua vulgar, traducción emprendida y acabada en Wartburgo, merced á los conocimientos del griego adquiridos en Witemberg, esa traducción arrancó el libro de los libros á las manos del patriciado eclesiástico, del clero católico, de la Iglesia docente y reinante; y lo entregó á todos los hombres, á todas las conciencias para que lo conocieran y lo interpretaran con arreglo á la interior inspiración de su pensamiento, realizando una revolución mayor que la intentada por Huss y los hussitas al entregar la comunión bajo sus dos especies á los laicos, porque realmente entregaba á los laicos, á la conciencia universal, la palabra evangélica, la idea revelada, la esencia del Verbo divino guardadas hasta entonces en el cerrado santuario de los templos y privativa de una grande aristocracia religiosa. Naturalmente hoy día, en que la tribuna resuena en todos los entendimientos, y la prensa llueve sus hojas de papel empapadas en la esencia del espíritu y llenas de misteriosas ideas, y la libertad individual pasa como axioma en las creencias y en las instituciones, y los derechos personales existen, y la conciencia humana se ha emancipado, y el respeto á la fe religiosa de cada cual se ha escrito en todas las leyes, parecennos los principios primeros de la civilización moderna tan naturales como el aire que respiran nuestros pulmones, como la luz que desciende á nuestras retinas. Pero trasladados á aquel estado de civilización y de cultura; restaurados con el pensamiento los mismos castillos feudales como el castillo de Wartburgo, en cuyos senos la revolución se condensaba; fingid la torre del homenaje en signo de soberbia, el foso y el puente levadizo que aislan, el adarve apercebido al combate eterno, los potros del tormento y las horcas del siervo, y decidme luego si el que ha buscado en las entrañas de cada ser humano la conciencia y en la conciencia la libertad individual, no merece con todas sus debilidades, con todas sus flaquezas, con todas sus dudas aparecer, mas que como una individualidad pasajera, como un ideal luminoso, cuyos rayos esclarecen los senos del humano espíritu y llegan hasta la consumación de los tiempos y el postrer día de la historia.

Parece imposible que la vida de un hombre pudiese bastar á la magna obra de traducir todos los libros santos del antiguo y nuevo Testamento como los tradujo Lutero. La lengua vulgar no tenia moldes aun capaces de

contener tanta grandeza. En todos los idiomas literarios precede la perfección del verso á la perfección de la prosa. Entre nosotros mismos la epopeya del Cid antecede con mucho espacio á los monumentos mayores de nuestra prosa literaria, á las obras legales y científicas de don Alfonso el Sabio. En Italia la epopeya teológica del Dante perfecciona en el siglo décimotercio el lenguaje poético, mientras que el lenguaje prosaico se perfecciona en el siglo décimocuarto, merced al soberano ingenio del Bocaccio. En la misma antigüedad clásica precede Homero á Platon, y Ennio á los prosistas romanos. Cuántos grandes escritores en verso tiene Provenza y cuán pocos en prosa. Pues Alemania, por razón de lo tarde que surge en el escenario de la historia moderna, se encuentra mucho mas atrasada que el resto de Europa en punto á su lenguaje literario. En ninguna parte se ha usado tan tarde la lengua vulgar para los grandes asuntos como en esa profunda Germania de los filósofos y de los sabios. Para persuadirse de tal verdad basta con recordar que Leibnitz escribió á mediados del siglo décimoséptimo en latin y Federico el Grande á mediados del siglo décimooctavo en francés: tanto menospreciaban la lengua de sus progenitores. Bien puede decirse que la prosa germánica no existía, no, antes de Lutero. Los caballeros cantores corrian como una bandada de cisnes con su arpa en las manos y su cántico en los labios, dejando en sus inciertas peregrinaciones poemas y leyendas, que el pueblo repetía y decoraba en su memoria para avivar con estas canciones sus entrañables afectos á la religion y á la patria. La lengua poética, pues, brillaba ya, cuando apenas la lengua prosaica servía para otra cosa que para los usos corrientes y vulgares de la vida ordinaria. Lutero creó la lengua alemana. De aquella escasa materia tan pobre, tan campestre, tan vulgar, puesto que para las grandes necesidades del espíritu existía el latin, de aquella materia, decíamos, extrajo el luminoso éter, en el cual pudo contener y encerrar los pensamientos mas abstrusos de la teología y de la ciencia. Ninguna de las traducciones anteriores pudo servirle de modelo, porque él consultaba los textos originales y los vertía en la lengua mas vulgar. Especialmente, en la traducción del Nuevo Testamento, que, segun ya hemos dicho, emprendiera en el castillo de Wartburgo, no consultó á ningun sabio, como le sucedió mas tarde en la traducción de la Biblia, no; ponía la lengua de su niñez, el vocablo mamado con la

leche materna, la frase recogida del maestro de escuela ó del compañero de juegos, del campesino y del trabajador, con todo lo cual elevó un verdadero monumento revolucionario, porque hizo la democracia del espíritu amaestrada é instruida en el libro de Dios. Se dice que antes de Lutero existian diez y seis versiones de la Biblia hechas de fines del siglo décimoquinto á principios del siglo décimosexto; pero ninguna de ellas, absolutamente ninguna, logró llegar hasta la conciencia pública ni conmover el ánimo popular: obras de erudito murieron por su propia erudicion, semejantes á esos animales disecados que solo sirven para el estudio y el gabinete de los sabios. La grande obra de Lutero consistió en universalizar la Biblia, en popularizarla, en extenderla, en imbuirla, en infiltrarla hasta en los últimos abismos de la sociedad, logrando que el pueblo entero tuviese interés en la lectura de un libro religioso y en el comercio con las mas sublimes ideas teológicas. Parece imposible; pero la Biblia resultaba el libro mas desconocido entonces, hasta de los mismos eclesiásticos. Cuéntase que el arzobispo de Maguncia, viendo un ejemplar en los dias de la Dieta de Augsburgo, declaró que no conocia sino de oídas aquel libro, en el cual se encontraban muchas cosas contra los eclesiásticos. Lutero declara que, á los veinte años, no habia visto una Biblia. En su ignorancia imaginaba que el libro de los libros no existia; y solo se guardaban del Evangelio los textos esparcidos en los sermonarios. Su asombro no tuvo límites cuando halló una Biblia entera en la biblioteca de Erfurt. Maravillosa trasformacion. Todo el mundo quiso leer para enterarse de la verdad revelada por sí mismo; y cuando todo el mundo quiso leer y todo el mundo leyó, bien puede decirse que quedó completamente fundada la democracia religiosa, precedente necesario de la democracia política y social que ha nacido del seno de las revoluciones modernas y se ha agrandado por los espacios del mundo, trasformando desde los senos del alma humana hasta los senos del planeta terráqueo.

Examinando la obra de Lutero en Wartburgo resulta la verdadera síntesis de la revolucion religiosa. Antes de su cautiverio expresaba las ideas á fragmentos, en grupos mas ó menos dislocados, con motivo de tal ó cual polémica; pero despues de su cautiverio, el enlace entre todos estos fragmentos se establece, la síntesis de todas estas ideas se forma, la serie de todos estos

pensamientos se acaba, y los principios de Lutero toman el aspecto de un verdadero sistema con la importancia de una nueva doctrina. El combate á lo antiguo no cesa ni un momento. Así sostiene que los sacramentos dimanen de la Iglesia tradicional y no del puro Evangelio; que la misa no debe estimarse como un sacrificio; que el Papa y los obispos no pueden promulgar reglas obligatorias; que la confesion auricular no está sancionada por ninguna ley divina; que el voto de castidad eclesiástico no liga por atentatorio á la misma naturaleza. Y despues de combatir todas las que él cree supersticiones eclesiásticas, se revuelve airado contra los actos que dimanen de estas supersticiones, como por ejemplo, la percepcion del dinero de las indulgencias. En este punto y en esta hora Lutero habla como si ejerciera la autoridad incontestable del Pontificado. Su palabra tiene toda la severa majestad de una sentencia definitiva y dictada por una suprema indignacion. Aquel célebre arzobispo de Maguncia, que por su deseo de pagar el palio, contrata el producto de las indulgencias y lo cede luego á un codicioso mercader que explota al pueblo germánico, ocasionando así la revolucion; aquel célebre arzobispo vuelve de nuevo con motivo de la guerra con los turcos á sus lucrativas predicaciones y á sus viciosas granjerías. Lutero, indignado, agarró su pluma febrilmente como siempre que alguna grande indignacion le poseia; y trazó una invectiva contra lo que llamaba el ídolo y la idolatría arzobispales. Y una vez hecho esto, dirigióse al prelado de Maguncia y le anunciaba que, de no desistir de su propósito, iba él á lanzar aquel folleto sobre su mitrada cabeza. El arzobispo le respondió con cierta ligereza; y Lutero respondió al arzobispo con la siguiente carta, modelo acabado de indignacion elocuentísima. «La humilde y fiel exhortacion dirigida á vuestra gracia electoral solo me ha traído de vuestra parte ingratitude y burla. Y como le haya escrito por segunda vez, ofreciéndole aceptar sus instrucciones y sus consejos, ¿cuál ha sido la respuesta de vuestra gracia? Dura, deshonrosa, indigna de un obispo y de un cristiano. Pues bien, aunque mis dos cartas de nada hayan servido, no me desconcierto por tan poco, y conforme al Evangelio, dirijo á vuestra gracia mi tercera advertencia. Acabais de restaurar el ídolo, que hace perder á los buenos y sencillos cristianos su dinero y su alma; y habeis por ende reconocido en público que todo cuanto hiciera Tetzal, lo hizo de acuerdo y concierto